

El hombre que salvo una industria

Por VILLIS J. BALLINGER

El único superviviente del grupo de hombres que se agruparon alrededor de la figura de John C. Rockefeller para terminar con las luchas de guerrillas que estaban destrozando la industria petrolífera de los Estados Unidos es Charles Melbourne Higgins, quien, amablemente, se presta a contarme algunos de los episodios de aquella época. Estuvo al lado de Rockefeller desde los días en que la Standard Oil Company ocupaba una modesta oficina de tres habitaciones en Cleveland, y su jefe era acosado por los acreedores, hasta que el fiscal disolvió los monopolios.

Su consideración y su lealtad a Rockefeller es hoy tan grande como lo fué toda su vida. «Cuando recuerdo mi primer encuentro con Rockefeller — dice — no puedo menos de emocionarme. Como le vi aquel día le he visto siempre. Sus maneras amables y su dignidad personal nunca decayeron por mala que fuese la situación. Jamás percibí en su voz un acento colérico. Le he visto, en los consejos, hacer frente a hombres enfurecidos y gesticulantes sin que por ello abandonase su proverbial cortesía y consiguiendo siempre dominarlos. Después de muchos años a su lado le juzgo como un hombre de las más profundas simpatías fácilmente sensible a los sufrimientos del prójimo. Pero en su piedad siempre procedió con la misma cautela que en sus negocios. Atemperó sus impulsos a su pensamiento. En los negocios dió un curso de inteligencia, y en su filantropía hizo lo mismo. Su personalidad equilibraba perfectamente las emociones y la inteligencia».

Mister Higgins entró a trabajar a las órdenes de Rockefeller en el verano de 1872. Por entonces la Standard Oil Company se veía acosada por los acreedores, pero ya el joven Rockefeller llamaba la atención, susurrándose que en sus modestas oficinas se estaba madurando un plan gigantesco y atrevido.

Aunque el joven Higgins nunca había visto a Rockefeller, su profesión de mensajero de la Atlantic and Pacific Telegraph Company le llevaban con frecuencia a las oficinas de la compañía petrolífera. Había buscado este empleo para ayudar a su madre en el sostenimiento de la familia. Es curiosa coincidencia que su madre necesitase ayuda a causa de las prácticas que Rockefeller combatía. En aquellos tiempos el caos reinaba en la industria del petróleo. Refineros y productores se mostraban enzarzados en una competencia desastrosa. El padre de Higgins fué una de sus muchas víctimas. Con un socio participó en la carrera del petróleo, en Venango County, y después

tó la salud del padre de Higgins, falleciendo poco después.

«Recuerdo — dice Higgins — cómo el sheriff se apoderó de nuestros cerdos y vacas y nos hizo abandonar la casa».

Las oficinas de la Standard Oil atraían al joven mensajero. «Yo estaba encargado de entregar los mensajes en la Standard, y me agradaban tanto sus hombres que sólo esperaba una ocasión propicia para entrar a su servicio. Un día llevé unos telegramas confidenciales, y después de entregarlos a Mr. McDonald, agente de enlace entre el público y el pequeño santuario interior de Rockefeller, le pregunté si no precisarían un mensajero privado para su servicio».

«Quizás», me contestó sonriendo Mr. McDonald. «Hablaré del caso con Mister Rockefeller. Venga mañana».

A la mañana siguiente ya estaba yo en la oficina, antes de que se abriera al público, esperando la llegada de mister Rockefeller. A las 9 y cuarto se abrió la puerta dando paso a un caballero elegantemente vestido con pantalones listados, sombrero de seda y guantes de piel de Suecia. Vivamente dió los buenos días en la oficina exterior, desapareciendo, luego tras la puerta de su despacho privado. Comprendí que se trataba de Mr. Rockefeller, y pocos minutos después estaba en su presencia.

«Siéntese», me dijo amablemente; pero yo estaba tan nervioso que casi tiré la silla al hacerlo.

«Hermoso días», continuó Mister Rockefeller pretendiendo no ver mi embarazo. Luego comenzó a dirigirme varias preguntas sobre mi familia. Una de sus características era el conocer siempre algo de lo que usted piensa que no puede conocer. Su cabeza era un almacén de datos acerca de la industria del petróleo. La desgracia de mi padre estaba cuidadosamente registrada en su memoria-fichero. A medida que hablábamos me sentía más tranquilo y confiado.

¿Quiere hacerme el favor de tomar la tiza y escribir unas cifras en ese tablero?, me dijo finalmente. Y lo hice. «Tiene usted una letra muy bonita—comentó—, y creo que es el joven que necesitamos». Al día siguiente era su mensajero privado.

Aquellos primeros tiempos han dejado a Mr. Higgins recuerdos de los largos silencios cuando Rockefeller, saliendo de su oficina privada, se subía a un alto taburete para revisar las cifras del libro mayor y ha-

mientras tres o cuatro personas permanecían aparentemente absortas en su trabajo, pero en realidad con la vista pendiente de los menores gestos de este hombre, que en un silencio absoluto, calculaba cómo emplear mayor su pequeño ejército de dólares en la batalla contra la ruinosa competencia en la industria del petróleo.

A los seis años logró ganar la batalla, pero antes de la victoria final muchas veces se vió falto de dinero, y por las noches se preguntaba asombrado cómo podría pagar el préstamo que había negociado; pero al día siguiente su preocupación era cómo poder ampliar este préstamo. Uno de los recuerdos más claros de mister Higgins es el del día en que llevó un pequeño saco negro a un banco denominado Sociedad de Ahorros. Y en ese saco iban los fondos que evitaron, en el momento crítico, un juicio hipotecario.

Mister Higgins nos cuenta ahora cómo entró un hombre que pronto había de convertirse en la mano derecha de Rockefeller.

«El doctor Harknés y su hermano Stephen, de Belleview, Ohio, habían amasado una fortuna en el comercio de granos. Mister Rockefeller, conocedor del hecho, les pidió un préstamo. Pero Henry M. Flagler, un joven abogado, era yerno del doctor Harknés, y los hermanos estaban interesados en introducirle en el negocio, y en lugar de conceder el préstamo compraron acciones de la Standard con el fin de introducir a Flagler en la compañía. Recuerdo varias conferencias habidas en el despacho particular de Mr. Rockefeller. Sin conocer a Mr. Flagler vi a un hombre alto, bien vestido, que demostraba tener una gran confianza en sí mismo, produciéndome una impresión favorable. Más tarde supe que era Henry M. Flagler.

Al poco tiempo era el hombre de confianza de Mr. Rockefeller. Trabajaban juntos en el mismo despacho y cuando se negociaba algún asunto, uno de ellos hacía los primeros borradores de las cartas y documentos, pasándolos al otro, quien a su vez hacía las correcciones oportunas, y después de repararlos varias veces los dos, se ponían en limpio. Luego Mister Rockefeller llamaba a su esposa—su consejero más valioso—y le enseñaba lo escrito. Por último, Myron R. Keith, el procurador de la compañía, era el árbitro final. Rockefeller siempre fué muy cauteloso en su correspondencia comercial.

El difunto John D. Archbold, de la Acme Refining y Co., de Titusville, se unió a la Standard. Pesaba tan sólo 135 libras, pero pocas personas han tenido

tanto peso mental. Era uno de los hombres más inteligentes de los que he conocido y siempre de carácter alegre, modesto y democrático. Nunca permitió que se le llamase otro nombre que Johnnie (Juanito) incluso cuando fué presidente del Consejo. Muchas veces le vi por los pasillos tatareando alguna musiquilla ramplona, más con la alegría de un colegial en vacaciones que con la seriedad de un director de una gran compañía. Su rasgo característico era el ser un gran campeón del bluff. Algunas veces lo utilizaba en los negocios, pero casi siempre como diversión. A sus amigos les refería las cosas más absurdas del modo más serio. Algo aprendí de sus trucos. Y con el tiempo llegué a comprender cuándo hablaba en serio o cuándo bromeaba. En sus primeros tiempos de comprador de petróleo en el libro-registro de un hotel firmó: **J. D. Archbold, 1 barril 4 dólares.** ¡Pocas personas habrán empleado el libro-registro de un hotel para hacer una propaganda gratuita e ingeniosa!

FERNANDEZ HERMANOS

COMERCIANTES

IMPORTADORES, EXPORTADORES, NAVIEROS Y AGENTES DE VAPORES
ADMINISTRADORES GENERALES DE:

“Compañía Marítima”

“Manila-Compañía de Seguros”

“El Varadero de Manila”

“Philippine Engineering Company”

“Philippine Steamship Company”

AGENTE DE:

North British and Mercantil Assurance Company”

“Atlas Assurance Company, Limited”

DIRECCION CABLEGRAFICA

FERNANDEZ MANILA

OFICINA PRINCIPAL:

109 JUAN LUNA, MANILA

Apartado No. 85—Tel. 2-32-32